

Euskadi ¿por qué?

ALFONSO: -Lo que nos piden los amigos, según he querido entender, es que hagamos un breve relato del proceso que nos ha llevado a la actual comprensión de Euskadi como problema y de sus perspectivas de lucha. Por mi parte podría decir que ese proceso ha sido bastante dificultoso porque, en el ambiente intelectual en el que yo me moví durante mi primera juventud, durante mis estudios, estábamos obligados a ser autodidactas en todos los aspectos de la cultura y de la vida. Y lo que había como cultura oficial, como cultura dominante, estaba orientado precisamente a ocultarnos toda la profundidad y toda la entidad de los verdaderos problemas. Por ejemplo, para mí fue muy difícil llegar a la comprensión de algo que es fácilmente comprensible a poco que las condiciones sean favorables, como es el hecho de la lucha de las clases como motor de la Historia. A lo más que se llegaba desde esta cultura dominante era a explicarnos cómo el motor de la Historia estaba basado en contradicciones que, seguramente, eran ciertas –y es seguro que lo son–, pero que en un estudio más profundo se ve que no son las contradicciones fundamentales. Por ejemplo el problema de la lucha entre las generaciones; la contradicción entre las minorías inteligentes y las masas incultas; o la contradicción entre los hombres y las mujeres, lo que se llama la “guerra de los sexos”... Todo esto constituía una diversión del problema y el objetivo era distraer nuestra atención del tema de la lucha de clases que quedaba completamente difuminado e inexistente, como casi un sueño criminal de generaciones anteriores a la guerra civil. Ya desde este punto de vista fue muy difícil, para cualquiera de nosotros, llegar a la comprensión de la lucha de clases. Pero es que, una vez se llegaba a esta comprensión, esa misma comprensión, en lugar de abrir nuevas perspectivas hacia la de los problemas nacionales, los problemas de las nacionalidades, más bien contribuía a ocultarlos. Porque, dentro del marxismo, por lo menos del marxismo al que uno tuvo acceso en ese momento, quedaba como absolutizada la lucha de clases, de tal manera que el problema de las luchas de liberación nacional quedaba desatendido. Y si esas luchas de liberación nacional se producían dentro de los territorios del Estado español, es evidente que para nosotros había una cosa que era como un *a priori* en todo lo que pudiéramos comprender y es que España era una nación. Una nación en la cual habíamos llegado a la comprensión de que había una división de clases y era necesario motorizar esa lucha. Pero de eso a pensar que dentro de esos territorios había naciones oprimidas, había un gran paso de muy difícil acceso. De tal manera que se podía decir que Euskadi para un madrileño como yo, era invisible.

EVA: -Recogiendo lo último que has dicho, me parece muy importante insistir en esa dificultad que teníamos para comprender el problema de las nacionalidades; insistir en ello porque es la clave para entender ciertas aberraciones a las que se había llegado, ya que es verdad que descubrir la lucha de clases estaba en contradicción con el problema de los pueblos oprimidos y sus nacionalidades. Ahora bien, aunque los dos nos encontráramos en ese punto, el camino que habíamos seguido hasta llegar a él había sido muy distinto. Yo era catalana y el medio en el que había transcurrido mi infancia no era el de Madrid. De alguna manera había atravesado también esa pobreza cultural de la postguerra pero tenía, además, la experiencia personal y colectiva de formar parte de un pueblo sometido, despreciado, humillado. Siendo niña, me acosaban por todas partes carteles que me incitaban a expresarme en “el idioma del Imperio” y, en más de una ocasión,

me habían recriminado y había llegado a sentir rabia y vergüenza de hablar catalán. Todo esto había dejado su huella y aunque habían pasado muchos años era algo latente, que subyacía... Como también subyacía, dado el ambiente anarquista que me rodeaba, la vivencia infantil de que una gran parte de la humanidad era víctima de alguna descomunal injusticia que tenía remedio y que el proletariado, con sus huelgas y sus solidaridades un día cambiaría el orden del mundo. De manera que, si bien mi toma de conciencia fue también tardía como la tuya, había un poso de conocimiento sensible, un sedimento y bastaba con arañar un poco para que aflorara. Eso me facilitaba la comprensión de ambos problemas, el nacional y el social. Lo que pasa es que en aquellos tiempos, como tú has dicho, los marxistas que conocíamos centraban todo el peso en la lucha de clases, de tal manera que cuando yo empiezo a despertar en ese sentido y a comprender la explotación y adquiero un cierto compromiso con la lucha –no en un partido, porque yo nunca fui militante aunque sí compañera de viaje del PC- me encuentro no sólo que el problema nacional no existe sino que, cuando aparece, se considera como un problema pequeñoburgués ya superado. O sea que no solamente lo ocultaba sino que, en mi caso, que ya estaba sensibilizada, vino a suponer un parón y un retroceso, una cierta vergüenza también...

A.: -El problema de las naciones oprimidas yo creo que para nosotros se reveló muy bien en las guerras de liberación de Cuba, de Argelia y de Vietnam. Para mí, por ejemplo, que el grito de guerra, por así decirlo, de la revolución cubana fuera: "Patria o muerte", me llamaba mucho la atención sobre el hecho de que había un problema nacional cubano frente a la opresión del Imperialismo americano, y que solamente desde la base de esa liberación nacional, de esa reclamación de la patria cubana, era posible pensar en una revolución social, y que la revolución social tiene que enmarcarse en el cuadro de una lucha de liberación nacional frente al Imperialismo americano. Y ahí quedaba ya, porque el proceso de la revolución cubana lo fue dando en su pulso, ahí quedaba ya enunciada la posibilidad de relacionar íntimamente los dos aspectos: la lucha de liberación nacional y la liberación social.

E.: -A mí lo de "Patria o muerte" al principio me chocaba porque nada más lejos de mi concepción del mundo que una serie de símbolos que había asociado siempre a lo retrógrado, a lo carca. Para mí la bandera, la patria, el culto a los muertos, la religión, eran aspectos negativos de la cultura, que había que superar venciendo la ignorancia; el mismo concepto de nacionalidad que ligaba al nacionalismo burgués... Y en Cuba me encontraba de pronto con que todas estas creencias, estos mitos y estos símbolos no sólo no eran lastres sino que eran movilizados e incorporados de alguna manera a la lucha revolucionaria. Así que en Cuba todos estos principios entraron en crisis. Vivir cuatro meses en una granja del pueblo, en plena Sierra Maestra, asistir a aquella explosión de vida durante tantos años pisoteada, fue decisivo. Porque, a la vez que recogía el material para el libro, aprendí de aquellos campesinos que la revolución era algo sumamente complejo y muy distinto de lo que se podía pensar desde fuera y desde lejos. En la zona aquella, por ejemplo, durante la insurrección, el pueblo había apoyado a la guerrilla con todo tipo de iniciativas. En uno de los primeros combates habían muerto dos revolucionarios y llevar flores a aquel lugar se había convertido en una microguerra: Durante el día llegaban los militares de Batista y destruían las coronas y las flores y, por la noche, los campesinos, arriesgando la vida, volvían a poner esas flores y a la mañana otra vez los soldados a pisotear aquello y en ocasiones hasta un avión bombardeaba. Aquello se convirtió en una lucha muy fuerte porque en la zona no había flores y con papeles de colores las tenían que fabricar... Y esa lucha se prolongó durante meses. Aquello visto con ojos extranjeros podía parecer

una tontería y, sin embargo, era una forma de resistencia y suponía un apoyo moral y material muy grande a los guerrilleros. Y como ese ejemplo otros muchos en los que se mezclaba siempre la gran imaginación popular utilizando sus costumbres, sus creencias y transformándolas en armas de combate. Eso era muy nuevo y sorprendente para mí y me obligaba a modificar puntos de vista, a reconsiderar algunas cosas, la frialdad con la que se hacían algunos análisis prescindiendo de la antropología, de la psicología, de otros aspectos del hombre que entonces se despreciaban. Tuve que hacer un gran esfuerzo intelectual para asumir y comprender el significado profundo de todo aquello porque yo no sentía, por ejemplo, que se pudiera morir por una bandera... Así que ese esfuerzo de comprensión me abrió el horizonte revolucionario en el que se revelaba que había algo más que la lucha de clases, que no era sólo la explotación económica sino infinidad de aspectos los que impedían que el hombre alcanzara su nivel humano. Y cantidad de motivaciones muy profundamente enraizadas en la cultura por las que ese hombre era capaz de luchar hasta la muerte, por lo que esas motivaciones podían ser fuentes de energía revolucionaria, tanto o más que la lucha de clases. O sea que allí se me rompieron los esquemas que había adquirido a través de una teoría descarnada, que era la del momento, y que nos tenía encorsetados. Así que fue viviendo la revolución cubana donde empecé a recuperar mis raíces, cosa que también me ocurriría en Euskadi.

A.: -Lo que había que tener en cuenta, y que tú descubriste entonces, era la existencia precisamente de culturas nacionales. Era la cultura nacional de los cubanos. Y a ese respecto se puede recordar que no hay una cultura proletaria; ese es un factor. Por eso a veces parece desmesurada la lucha de clases en la medida en que se plantea sin una base cultural propia, dado que lo que hay son culturas nacionales; no hay una cultura del proletariado, como ya se debatió en los primeros años de la Revolución Soviética, cuando se intentó, por parte de grupos de vanguardia, hacer una cultura proletaria, lo que se llamó el Proletkult, porque, evidentemente, se notaba el vacío de una cultura propia para el proletariado. Y también es cierto que en los años siguientes se comprobó cómo no se podía fabricar de pronto, de la noche a la mañana, una cultura proletaria; que había que afincarse para todas las transformaciones revolucionarias en la cultura propia de los países. Ésta es un poco la visión antivanguardista, digamos, de Lenin, por otro lado discutible en otros aspectos. Pero Lenin es de la opinión, y Trotski también lo fue, de que ese experimento del Proletkult no tenía sentido y que había que enraizarse en las culturas nacionales de los pueblos. Y eso parece que es muy cierto. Entonces, en el caso de Cuba, esto lo descubriste ahí, cuando viste que había unas tradiciones, un culto a los muertos, una serie de cosas folklóricas; a fin de cuentas fue el descubrimiento de un folklore profundo y de que con todo esto hay que contar para que una revolución sea profunda; en ese aspecto se trata de una *revolución cultural*. Pero para que haya revolución cultural no se puede edificar una cultura desde el cero de un proletariado como clase ascendente sino que hay que hundirse en las raíces de la historia de cada pueblo. Bueno, esto estaba claro ahí; en cuanto a la revolución argelina estaba claro el contenido de liberación que tenía, independientemente de que fuera o no un movimiento socialista, dado que estaba muy claro que había una metrópoli que era Francia y que había una colonia que era Argelia. En el caso de la revolución vietnamita, también estaba claro que había sido un país sojuzgado, en los últimos tiempos por el imperialismo francés, después por el imperialismo americano y que, por tanto, el contenido progresista revolucionario de esa lucha parecía indudable. Ahora bien, en el caso de la lucha vasca eso era más complicado justamente porque teníamos –por lo menos yo– muy metido dentro el esquema de la existencia de España. España era como un mosaico muy rico de

“regiones” muy variadas, por lo cual el llegar a la comprensión de que una lucha de Independencia de Euskadi podía contener un germen revolucionario muy profundo era difícil de ver por ese esquema, y también porque la reivindicación nacional vasca había sido asumida hasta entonces por un partido burgués, como era el PNV. Lo cual, para un marxista madrileño como yo, ponía muchas dificultades para la comprensión del problema.

E.: -El problema vasco como tal a mí se me planteó inesperadamente de una manera muy súbita. En ese viaje a Cuba coincidí con un grupo de argelinos y comentando problemas generales de la lucha en nuestros países, uno de ellos me preguntó mi opinión sobre ETA. Me quedé muy sorprendida. Exactamente nunca he podido recordar qué fue lo que le dije aunque sí puedo asegurar que fue una respuesta estereotipada, la versión oficial que en aquellos momentos daba el PC. Eso, el no tener una opinión propia, me produjo inmediatamente una gran vergüenza: hablábamos de lucha de liberación nacional, de países colonizados, de pueblos sometidos, como si fuera una cosa lejana, ignorando lo que estaba ocurriendo en casa. A partir de esta situación tan bochornosa empecé a reflexionar sobre el problema de las nacionalidades y, muy concretamente, de la nacionalidad vasca.

A.: -Yo noté que tú te transformaste mucho en ese viaje a Cuba, que viniste muy cambiada. O sea que es evidente que aquel proceso te impactó mucho.

E.: -En esa transformación que tú dices influyeron varios factores. Uno, el comprobar la gran fuerza creadora que tiene el Hombre cuando se desarrolla en un medio favorable, porque yo, hasta entonces, sólo había visto las consecuencias de la opresión, de la explotación, ese pozo oscuro en el que tanta humanidad muere sin haber llegado a realizarse. Y allí veía la otra cara, constataba que las cosas podían ser de otra manera y se me evidenciaba más el crimen del sistema capitalista. Otro, la importancia del grupo cuando los hombres que lo forman piensan y se intercambian ese pensamiento: la asamblea. La asamblea como fuente generadora de un pensamiento superior que es el resultado no de una suma sino de una síntesis del conjunto, lo cual supone un salto cualitativo en el proceso de humanización. Aquello fue importantísimo para mí porque en las numerosas asambleas a las que asistía, sobre todo en el pueblito de la granja, se vislumbraba lo que se podía llegar a ser la nueva sociedad. Eran sólo atisbos, pero anunciaban que la revolución –lo que yo entendía por revolución: que el Hombre alcanzara un día su nivel humano-, era posible. Y eso que dicho así parece un tanto perogrullesco fue decisivo en mi toma de conciencia. Y decisivo, después, para la comprensión del problema vasco y la elección de vivir en Euskadi.

A.: -Lo que tú tienes, cuando llegas de Cuba, por esas razones y por otras más, es un gran interés por lo que pasa en Euskadi y eres tú la que toma la iniciativa de entrar en relación con la lucha vasca, de encontrar un canal posible para ponerte en contacto con esa lucha.

E.: -Dentro de mi habitual pragmatismo, yo tenía una urgente necesidad de conocer sobre el terreno lo que estaba ocurriendo en Euskadi porque hasta entonces, oficialmente, se nos había ocultado. Hay que situarse en aquel momento, en el que muchas cosas estaban en crisis, al menos para mí, que venía de una experiencia revolucionaria tan importante. Las distintas luchas de los pueblos de América Latina planteaban dudas acerca de la validez de un “partido vanguardia”, de estructura marxista-leninista, que era el que yo conocía, y sobre la necesidad de organizarse tal vez de otra manera y Euskadi era una incógnita. Estaba también el Vietnam, que era una punta de lanza. Pronto empecé a trabajar con el Tribunal Rusell y eso nos daba acceso a la documentación de muchos científicos, a través de la cual tuvimos la certeza de que allí se estaba llevando a cabo un genocidio

planificado, que arrasaba todo lo que era vida y una destrucción sistemática de las numerosas culturas, de sus lenguas... Era urgente crear una plataforma que sirviera para recoger esa cuantiosa información y la hiciera circular. Fue así como nació el Comité de Solidaridad con Vietnam, el cual muy pronto se vio rebasado en sus necesidades dando nacimiento al Comité de Solidaridad con Euskadi... Pero eso fue mucho más complejo; habría que hablar de los "estados de excepción", de un diario clandestino que sacamos con ese mismo nombre como respuesta, de una serie de factores que fueron creando la necesidad de ese Comité. Yo las resumiría diciendo que en la medida en que nos solidarizábamos con otros pueblos y nos hacíamos internacionalistas, íbamos entendiendo mejor nuestros problemas nacionales. Y que cuanto más conocíamos estos problemas nacionales mayor era nuestro internacionalismo... Lo más urgente era conseguir información de primera mano.

A.: -Pero nosotros teníamos pocas relaciones con amigos vascos. Los vascos que yo había conocido no me habían descubierto gran cosa sobre su país. O eran los vascos intelectuales, como mi amigo Ignacio Aldecoa, que era alavés y que más bien me mostró los aspectos burgueses del nacionalismo: Su padre era del PNV, o sea que por ahí yo no tenía ningún acceso a lo que se podía ir prefigurando -yo entonces no lo veía- como lo que hoy llamamos izquierda abertzale. Éste era un horizonte muy imprevisible.

E.: -Se nos planteó el problema de cómo hacer para llegar a Euskadi y encontrar la gente que nos pudiera dar información sobre lo que aquí estaba ocurriendo. En cualquier otro lugar de Estado hubiera sido fácil, habíamos trabajado mucho en la solidaridad y yo tenía muchos amigos comunistas en Asturias, en Galicia, en Andalucía o en Cataluña, pero en Euskadi estos amigos no nos servían; más que una ayuda hubieran sido un obstáculo para relacionarnos con el movimiento nacionalista vasco. Varios intentos habían fallado ya. Y me parece que fue por aquel entonces cuando nos llegó la noticia de que un grupo de militantes de ETA habían sido muy torturados. Y es sobre ese punto concreto cuando me planteo viajar al País Vasco y, sea como sea, hacer un reportaje.

A.: -Y, en efecto, lo conseguiste. Y recuerdo que la información sobre los torturados vascos fue uno de los disparaderos de los primeros contactos. Yo entonces era ya militante del PC, a partir del 63 en que ingresé, después de haber sido compañero de viaje desde el 56 y ya anteriormente habíamos hecho un documento sobre torturas que abarcaba todo el Estado español y hubo ya un capítulo sobre la tortura en Euskadi; pero esto iba a ser distinto.

E.: -Sí, porque se trataba de denunciar la tortura pero, sobre todo, de explicar el por qué de esa tortura y cuáles eran los objetivos de quienes la sufrían. Así que me aventuré y sin prácticamente conocer a nadie emprendí un viaje en el que me ocurrieron anécdotas muy cómicas, resultado de la desconfianza. Pero unos días después alguien hacía llegar a nuestra casa de Madrid unos documentos. Habíamos ganado la primera batalla. Eran los testimonios de tortura que los militantes de ETA habían relatado desde la cárcel. Ese texto fue la base del número uno de "Información", que era la revista que publicamos en la clandestinidad durante años. A partir de ahí, el Comité de Solidaridad con Euskadi se pone en marcha. Por razones de clandestinidad nunca empleamos este nombre y la forma en que trabajó constituye una experiencia nueva y muy rica que algún día habrá que contar. En cuanto a "información", cubría un espacio de noticias muy amplio y diverso; cada número tenía su propia entidad. Desde el principio decidimos dedicar mucho espacio a los movimientos de liberación nacional. Publicamos un número sobre Puerto Rico, otro sobre Irlanda, dos sobre Palestina. Nos proponíamos sacar a la luz

ese problema, que se discutiera, facilitar datos, instrumental teórico: crear un clima para esa ayuda que veíamos tan necesaria.

A.: -A partir de ahí empezamos a interesarnos del contenido revolucionario que tenían muchos movimientos de liberación nacional. Yo ahí tuve una aportación pequeña pero más bien de tipo teórico, mientras que tú estabas en esa práctica; yo iba a rastras de tu práctica; siempre muy preocupado con los aspectos teóricos... Empecé a buscar en Lenin, por ejemplo, y en otros pensadores marxistas. Y entonces encontré algunas claves, muy importantes para incluir el nacionalismo dentro de un proyecto revolucionario al cual yo había tenido acceso con numerosas dificultades de información. Porque yo era un marxista muy dificultosamente conseguido como tal, como ya he dicho, y me costaba mucho trabajo pensar al margen de ese aparato de conocimiento que había adquirido; pero, afortunadamente, encontré que dentro del pensamiento marxista ya había algunos embriones de comprensión profunda de los problemas nacionales. Y, particularmente, me alivió mucho, me tranquilizó mucho tener noticia de la polémica que hubo entre Lenin y Rosa Luxemburgo, siendo ella polaca, tenía tal entusiasmo por la lucha del proletariado mundial que estaba completamente dispuesta a renunciar a cualquier componente nacional de su lucha y fue Lenin el que le dijo, vino a decirle: "Usted es polaca, ustedes tienen que plantearse la revolución del proletariado desde el punto de vista de su nacionalidad". Yo me di cuenta de que se podía seguir muy tranquilamente por esa vía.

E.: -Recuerdo que a mí me producía una gran tranquilidad –siempre me ha ocurrido eso contigo- el que, mientras yo iba a buscar la información directa sobre el terreno concreto, los datos inmediatos de la realidad, tú te quedabas buscando las raíces históricas y el sustento teórico. Me parecía que la aventura de pensar distinto a la corriente iba a ser más fácil si teníamos experiencias anteriores en las que apoyarnos y tú las aportabas. Fue una época muy densa en discusiones que nos iban dotando de sólidos argumentos a la hora de polemizar con los numerosos grupos de izquierda española que seguía ignorando el problema. Luego estaba ETA. Porque el eje de esa lucha que estábamos descubriendo era ETA que, vista desde Madrid, era algo vago y tremendamente popular aunque muy peligroso confesarlo.

A.: -Cuando empiezan las primeras acciones violentas de ETA la simpatía, para mí, se basaba sobre todo en el hecho de la decepción que tenía por el tipo de lucha pacífica que se estaba desarrollando en Madrid, que llevábamos nosotros. Porque nosotros despertábamos unas enormes oleadas de represión sobre nuestra lucha siendo ésta una lucha pacífica y, además, no se notaba que nosotros estuviéramos asentando algún golpe fuerte a la dictadura. Y el hecho de que empezaran a darse golpes de otra índole, de otra cualidad y que eso ocurriera en Euskadi, para mí fue muy importante. Pero dándole solamente un horizonte antifranquista, diciendo: "Bueno, ésta es una forma de golpear al franquismo, mucho más eficaz de la que estamos manejando nosotros aquí; mucho más eficaz". Ahora bien, yo seguía manteniendo todo tipo de reservas ideológicas sobre el contenido de esta lucha vasca.

E.: -Para mí era algo más profundo; intuía que allí se estaba produciendo un movimiento muy importante. Nosotros veíamos que las acciones de ETA eran siempre bien acogidas por el pueblo y que tenían una gran repercusión, un efecto estimulante en los sectores más oprimidos de otros pueblos y en los militantes más activos, aunque lo ocultaran a los dirigentes de sus partidos. Los mineros de Asturias, los campesinos andaluces que conocíamos mostraban una enorme simpatía y un deseo de solidarizarse... Era una vía latente, que encontraba eco. Todo eso planteaba un nuevo problema: el del empleo de la violencia revolucionaria no en el "tercer mundo" sino en Europa. Cada acción que se producía era un factor

imprevisto en medio de los análisis cerrados de las organizaciones. Era una corriente de aire fresco en aquel marasmo, dogmático y rutinario que duraba años. Puede que se tratara de una organización que no estuviera muy clara, como decían algunos críticos de la izquierda, pero daba la impresión de que estaba en vías de aclararse, de que estaba viva.

A.: -El hecho de que se asestaran golpes violentos a la dictadura era muy importante aunque sólo fuera desde el punto de vista psicológico; satisfacía una frustración que teníamos dentro de nuestra lucha pacífica. Es decir, el paso desde denunciar "respetuosamente" la existencia "probable" de torturas en Asturias por parte de la Policía o de la GC, el paso de esto al hecho de que un torturador fuera ejecutado, como lo fue Manzananas, significaba, evidentemente, una irrefrenable alegría. Luego tuvo mucha importancia, tú lo has insinuado antes, el proceso de Burgos y lo que allí se produjo. Tanto dentro del proceso, por las declaraciones de los procesados, como en la respuesta popular y el apoyo a los procesados, la lucha contra las condenas a muerte. Ahí se reveló mucho lo que era la opresión del pueblo vasco... Lo cual no quiere decir que yo no siguiera teniendo una inquietud grande en torno al proceso ideológico de esa lucha de ETA. Y veía también con inquietud el que, en determinados momentos, pareciera que los puntos de vista de conciencia marxista apuntaban a excisiones, en las cuales yo, todavía entonces, si hubiera estado metido en esta lucha, mucho me temo que hubiera tomado la vía de las escisiones "españolistas", lo cual es completamente lógico dada mi formación. Luego, con los años, en el largo proceso, he comprendido cuánto error hubiera habido y hubo en el hecho de esas escisiones y cómo la línea justa fue la que prosperó.

E.: -Por mi parte, cuando se producían estas escisiones nunca tuve grandes dudas. Para mí, aunque los que se separaran fueran muy numerosos y aparentemente más claros, ETA era siempre lo que seguía, los que seguían con las armas en la mano y anteponiendo el problema nacional, que era la clave, y con el que nadie contaba fuera de Euskadi. No conocía muy bien los planteamientos teóricos de esta organización pero la práctica de su lucha y lo que reclamaba era justo y nada complicado. Su fuerza estaba en que eran expresión de una necesidad que el pueblo vasco tenía muy arraigada: ser libre e independiente; que le dejaran organizarse y vivir en paz. Por eso, junto al abundante material sobre las nacionalidades en "Información" publicamos algunos ensayos que trataban sobre la violencia, que la reivindicaban como arma de vida allí donde todo era acoso de muerte: la violencia revolucionaria, no deseable pero imprescindible en muchos movimientos de liberación. Me acuerdo que en uno de los números de la publicación salió el texto íntegro de "El Estado y la Revolución" de Lenin, un libro muy lúcido. Y ahí, por esta época, es cuando aparece Argala; tuvimos la suerte de conocerlo y este encuentro es definitivo para nuestra comprensión.

A.: -Para mí también, todo tipo de dudas, de reservas que yo pudiera tener se diluyen en la relación con Argala, sin duda. A partir de ese momento, veo, vivo, sé... que ETA es un movimiento revolucionario.

E.: -Argala sintetiza todos los aspectos más importantes a partir de los cuales se desarrollará el movimiento de liberación nacional vasco. Él nos explica como en ETA hay una evolución, cómo junto al problema nacional de pueblo oprimido está cobrando una gran importancia el problema social, la explotación enmarcada en la lucha de clases y cómo la lucha se está llevando a cabo dentro de una concepción política y armada –políticomilitar- en la que él muestra una gran confianza. Hasta entonces todas nuestras relaciones con los vascos se habían establecido con amigos nacionalistas, más o menos comprometidos, pero nada más. Argala era el primer militante de ETA que conocíamos. Era un hombre muy sensible, muy atento a los

problemas humanos de quienes estaban a su alrededor, captaba en seguida las situaciones y tenía una gran capacidad de análisis y de situar el momento concreto dentro del contexto general. Su inteligencia era grande, siempre estaba reflexionando, planteándose dudas, corrigiendo errores, pidiendo pareceres, creando espacios para el diálogo; su firme convicción en los objetivos por los que luchaba le permitían ser extremadamente flexible. A través de su gran sencillez, evitando cualquier protagonismo, aprendimos una de las primeras cosas sobre ETA: que era una organización de la que no se conocían los líderes; ETA eran todos; era un movimiento revolucionario en el que nadie figuraba nunca y que era precisamente el enemigo, en sus campañas propagandísticas, destinadas siempre a destacar personas para su persecución, el que tenía interés en dar publicidad a los nombres. De él aprendimos muchas cosas y a mí se me rompieron muchos esquemas...

A.: -Qué difícil es hacer un retrato de Argala. *Retrato imposible* llamé yo a unas páginas que escribí sobre él. A ver aquí... "Era un hombre que se borraba a sí mismo mientras hablaba, que se autodifuminaba, que se quitaba a sí mismo toda importancia, como si retirara su firma de todo su pensamiento, colectivizándolo; en realidad, devolviéndolo a sus orígenes, el pueblo trabajador vasco, en el que residía la fuente de toda su *inspiración*... como hombre de letras y de armas". Está escrito el año de su muerte. Como esto... "En él, un guerrero, un gudari, estaba claro cómo la violencia revolucionaria es lo contrario de la brutalidad, y cómo en realidad los guerreros revolucionarios son precisamente los verdaderos militantes de la paz". En fin, cuando lo mataron, me encuentro entre quienes sintieron un dolor inmenso...

E.: -En aquella etapa el Comité de Solidaridad con Euskadi se había ido consolidando. Pero las discusiones con los "progres" de Madrid, salvo excepciones, se hacían cada vez más frecuentes en torno a lo que ocurría en el País Vasco. Y aparecían las contradicciones. Resultaba chocante ver a compañeros que ensalzaban la guerrilla en América Latina o la lucha por tal o cual independencia y que, sin embargo, se negaban a analizar el problema vasco y lo aceptaban tal cual nos lo presentaban oficialmente...

A.: -En las discusiones que teníamos en Madrid, con amigos muy radicales, que se habían separado del PCE por la izquierda, con alguno de los cuales tenemos relación muy fraternal ahora, yo acudía y con mucha fuerza, a un argumento tomado del repertorio ideológico propio de Lenin: a su concepto del "chovinismo de gran potencia". El descubrimiento del españolismo como chovinismo de gran potencia fue muy útil en esos debates. La comprensión del problema nacional de Euskadi, de los problemas nacionales de las distintas naciones del Estado español nos ponían en situaciones muy difíciles también con mis compañeros del Partido, donde esa comprensión no existía. Incluso en casos tan claros como la guerra del Vietnam, la actitud del Partido Comunista era de solidaridad meramente formal con esa lucha, no de comprensión profunda de su contenido. Ya tuve antes grandes dificultades con mis camaradas en relación con la revolución cubana que, al no seguir unas vías convencionales, tropezó con enormes problemas de comprensión dentro del PC de España. Después, la poca importancia que le daban a la lucha del Vietnam; formalmente, siempre había en los documentos una mención de esa lucha, pero en el momento en que uno, en la práctica, trataba de realizar esa solidaridad, tropezaba con grandes resistencias, como si ello significara una derivación de los verdaderos objetivos de la lucha obrera práctica del proletariado madrileño... Entonces, la incompreensión del movimiento de liberación nacional de Euskadi creó ya una barrera completamente infranqueable en la relación mía con mis camaradas de partido. Eso, de alguna forma, yo traté de reflejarlo en una obra

que escribí en aquellos años, siendo todavía militante del PC y que contiene ya una enorme crítica a lo que ocurría: "El camarada oscuro".

E.: -Bueno ya que hablas de teatro, creo que es interesante señalar que ya cuando el proceso de Burgos escribiste "Askatasuna"...

A.: -Cuando la TV sueca me encargó una obra de tema libre, ya en ese momento mi comprensión era lo suficiente como para que escribiera "Askatasuna" que está publicada; allí yo reflejo bastante bien, según me dijo entonces Argala, la lucha ideológica que se había planteada en esos años en ETA. Eso era en 1971.

E.: -Claro, todo eso fue una evolución lenta y complicada que ahora, contada así, puede parecer esquemática. Aquellos fueron años muy ricos en acontecimientos y nosotros los seguíamos desde muy cerca. A través del Comité de Solidaridad manteníamos una estrecha relación con el movimiento de liberación de Euskadi pero, al mismo tiempo, éramos muy activos en la lucha antifranquista, sobre todo en lo referente a la información y a la denuncia. Y Vietnam seguía siendo un punto álgido, la solidaridad con los vietnamitas fue muy, muy importante para nosotros... Yo puedo asegurar que si en Cuba había vivido la experiencia revolucionaria de construir una nueva sociedad, con todo lo que tenía de exaltación creadora, en Vietnam, a través de lo que ocurría en Vietnam, adquirí el conocimiento profundo de lo que realmente era el Imperialismo, de lo poco que le importaba el Hombre y de la ilimitada capacidad destructora que ponía en marcha contra él cuando estaban en peligro sus intereses. Ésa es una lección que no olvidaré nunca y que me ha servido de mucho, entre otras cosas, para no caer en la trampa de las seudodemocracias...

A.: -Para mí también la guerra del Vietnam es reveladora de la entraña del Imperialismo; en eso tenemos una experiencia casi idéntica.

E.: -Luego vinieron nuestras detenciones, el ensañamiento de quienes no nos perdonaban que no siendo vascos nos hubiéramos solidarizado con ese pueblo, el tiempo que estuvimos detenidos que para mí supuso, pese a todo, una experiencia positiva. Durante los casi tres años que pasé en Yeserías pude reflexionar bastante sobre lo que estaba ocurriendo en el mundo en nombre de la democracia. No podía hacer abstracción del genocidio que los Estados Unidos estaban llevando a cabo en Vietnam, ni de lo que estaba sucediendo en un país tan "desarrollado" y "demócrata" como Alemania, en el que acababan de "suicidar" a Ulrike Meinhof en una de aquellas modernísimas cárceles de "alta seguridad" que eran como un presagio del futuro que nos deparaban. La vía "democrática" que nos proponían como deseable empezaba a parecerme un cúmulo de horrores. También reflexioné mucho sobre Euskadi y la doble lucha de liberación social y nacional que allí se estaba librando, sobre esa tensión dinamizadora que se produce en algunos pueblos cuando no se resignan a ser esclavos y luchan no sólo contra la explotación sino -y sobre todo- por tener una identidad que les han hurtado. No me cabía duda de que era una lucha muy enraizada y mucho más compleja, que introducía factores nuevos que venían a romper muchos de nuestros esquemas. La punta de lanza de esa lucha -hablo de los años 1976-77- era en aquellos momentos la Amnistía. La sensibilización era muy superior a la de otros pueblos del Estado español. Las asambleas y las movilizaciones se sucedían a diario en todos los rincones de Euskadi hasta culminar con aquella huelga general que costó seis muertos y paralizó durante una semana todo el país. Fue un gran momento histórico y aunque la amnistía no la concedieron nunca, el pueblo unido si consiguió sacar el último puñado de presos políticos vascos a la calle y ésa es una vivencia que deja huella. El gran desarrollo alcanzado por el movimiento popular se presentaba como un potencial revolucionario que abría grandes esperanzas. No quiero con ello decir que el pueblo vasco fuera distinto, ni superior a otros pueblos

pero, como ocurre siempre que un pueblo lucha por su independencia y por su libertad, brillaba con luz propia. Esa voluntad inquebrantable de no someterse le dignificaba y le daba mayor grandeza. Para mí Euskadi seguía siendo un foco de vida en medio de aquel sórdido panorama de anestesia y de muerte que los llamados Estados fuertes de la Europa "democrática" estaban empezando a configurar. Y me parecía que en aquel foco de vida era todavía posible llevar a cabo la experiencia de una real democracia. Lo de venir a vivir a Euskal Herria fue una consecuencia de todo esto: seguir de cerca y participar en la apasionante aventura de este proceso que, en definitiva, no era otro que el proceso de humanización por el que siempre habíamos luchado...

Claro, eso presentaba algunos problemas y yo recuerdo que no era el menor el de la lengua, sobre el que hablábamos mucho... Ya que, en definitiva, nosotros, fundamentalmente tú, eras escritor y el instrumento de trabajo era el castellano, lengua que ambos amamos mucho. ¿Por qué no comentas un poco ese problema que en tantas ocasiones has abordado en ensayos y artículos?

A.: -Sería muy largo entrar en el tema aquí... Tal vez b mejor sea resumirlo contestando a ciertas preguntas que a veces me han hecho: "¿Cómo vives el asunto de la lengua siendo un escritor castellano? Vivir en Euskadi, ¿no tendría que comportar, en una persona sensible a los problemas de la lengua, la necesidad de *euskaldunizarse*?". Es una forma directa de plantear crudamente la cuestión. Esa crudeza me permite también una respuesta clara. Así es la cosa: precisamente mi refugio en el patriotismo de mi lengua –que aquí empleo sabiendo que no es lo mejor que puede ocurrir, pues considero que los escritores euskaldunes tendrían que ir ocupando la mayoría de los espacios periodísticos y editoriales- me ha revelado, en mi proceso de desnacionalización ("España son ellos", he dicho y publicado ya muchas veces), que la pérdida de la propia lengua es lo peor que puede ocurrirle a un ser humano; o, sin exagerar, está entre las peores cosas que pueden sucederle a un ser humano... "Lo habré perdido todo o casi todo", me digo, "pero me queda la lengua". A quienes no les queda ni su lengua, ¿qué les queda? Ésa es la terrible pregunta. Es paradójico, si se quiere, pero la misma razón por la que yo no aprendo esta lengua que forma parte esencial de la patria vasca, es la que me hace proclamar la importancia fundamental de la reuskaldunización de este país como única o por lo menos la más importante garantía de su supervivencia. Si el euskara desaparece, ¡adiós, Euskal Herria! Como escritor, esto lo vivo con mucha claridad; pero no es sólo un asunto de escritores. Lo más raro es que haya escritores que, escribiendo en erdera, se consideren escritores vascos. ¡Ahí yo no llego en mi amplia comprensión de las cosas! Es un asunto al margen de la calidad y de la importancia general de los escritores. Es un problema de definición: la literatura vasca, poca o mucha, mala o buena, es la que se ha escrito y se escribe en euskara. Yo admiro mucho a Baroja, y sé que fue un buen vasco que hacía literatura... española. Como Nabokov, escribiendo en inglés, no puede considerarse un escritor que pertenezca al acervo de la literatura rusa, por muy ruso que él fuera "de nación". ¡La cosa está tan clara como eso!

E.: -En eso participo mucho de tus opiniones aunque no he renunciado a euskaldunizarme un día... Entonces, en el momento en que decidimos venir a vivir aquí, fue una decisión muy seria, que asumía todas estas responsabilidades, fue un paso muy consciente...

A.: -Para mí, en ese momento ya de cierta solidez, existe la confirmación de que no se trataba de una episódica clarividencia por parte del pueblo vasco, a través de una vanguardia... Sino de que había algo más profundo en ese proceso y de que, por tanto, se podía seguir, por lo menos, acompañándolo. Y la confirmación que me lleva a mí hasta hoy, en que ya soy íntimamente solidario del proceso, es el muy

luminoso rechazo a la reforma de Suárez. Lo que se llamó el "No vasco a la reforma". Ahí es donde estamos instalados ahora.

E.: -El no vasco a la reforma me parece una experiencia inédita en Europa y no es raro que sean muchos los que, desde distintos países, nos observen con atención. Porque no se trata de un grupúsculo contestatario que carece de fuerza para incidir en el medio y exponer sus razones, sino de un sector muy activo y muy importante del pueblo que, desde un principio, se enfrenta abiertamente a un sistema de apariencia democrática... Decir no en aquellas primeras elecciones en que la euforia de la nueva situación predisponía a caer en todo tipo de trampas, a mí me parece un paso importantísimo que suponía, como tú dices, un previo análisis de una gran lucidez. Ahí se abre la brecha y empieza una nueva resistencia. Una resistencia importantísima que durante estos años ha venido cuestionando el sistema y que está ahí aún, más fuerte que el primer día. Resistencia complejísima en torno a la cual se está conformando y consolidando, cada vez con mayor conciencia, ese movimiento popular de liberación social y nacional que, además, con su lucha, está evidenciando la degradación a la que conduce aceptar la vía del sometimiento.

A.: -Cuando aquí se dijo -y se dice- No a la reforma Suárez/Carrillo/Fraga/González... no es por ganas de decir "no" a algo que "viene de España"... Es porque se trata de un proceso objetivamente reaccionario, al que es preciso oponer una estrategia que abra verdaderas posibilidades a la transformación radical de esta sociedad, a su autogobierno socialista; y hay que reivindicar esta palabra -socialismo- por mucho que la encontremos podrida en su uso por la socialdemocracia. Una estrategia de ruptura democrática, "conditio sine qua non" de cualquier verdadera esperanza.

E.: -Yo también pienso que lo más importante que aquí está ocurriendo va en ese sentido de la ruptura, en esa búsqueda constante de alternativas que, incorporando la experiencia de las luchas anteriores nos permita encontrar nuestra fórmula propia. Puede que todo lo hecho hasta hoy no sean más que intentos, tanteos para conseguir formas de organización, cada vez más imprescindibles, para llevar adelante el proceso. Puede que la riquísima experiencia de la Unidad Popular (HB) tan válida hoy, mañana nos quede estrecha y tengamos que sustituirla por otras que se adecuen más a la situación o puede que, por el contrario, se consolide con más fuerza... Lo importante es estar abierto a la dinámica del pueblo, que el pueblo mismo presione, intervenga, critique... Y yo creo que esta participación se da y que constituye uno de los puntos clave de esa vida que decía antes... Y ese es un dato objetivo de signo positivo, de la misma manera que tú dices que la reforma es un proceso objetivamente reaccionario...

A.: _Es muy importante también lo que aquí se está intentando en cuanto a una posible nueva forma de dirección del proceso revolucionario... La idea de un "bloque dirigente" está atrayendo la atención de teóricos marxistas; éste es un proceso lo suficientemente complejo, amplio y estimulante como para que lleguemos a pensar -y yo lo pienso- que lo que aquí está sucediendo puede resonar algún día en las luchas revolucionarias de otros países como una importante aportación.

E.: -Naturalmente un proceso así sólo puede seguir adelante en la medida en que los que luchan tengan conciencia de la gran represión que ello conlleva, porque ahí está la clave no sólo para resistir sino para comprender que esa resistencia es imprescindible para conseguir los objetivos deseados. Es verdad que las cosas han cambiado mucho en apariencia, cuando uno piensa en la Marcha por la Libertad, en las grandes concentraciones en contra de la central de Lemoiz o en las multitudinarias asambleas en el año 77 y 78 se llevaban a cabo en algunos

pueblos... Eran signos de vida demasiado estimulantes para la gente y demasiado peligrosos para el Estado y había que acabar con ellos. El viejo aparato represor de los tiempos del franquismo se puso inmediatamente al día, en una modernísima reconversión que le hizo más fuerte, más eficaz y más institucionalizado. Y sin embargo esta feroz represión, que ha alcanzado unas cotas sin precedentes durante estos últimos años, no ha conseguido su objetivo de aplastar la participación popular y las movilizaciones sino todo lo contrario, han contribuido a consolidar más los puntos de cristalización existentes y a generar otros que amplían el campo de los que se conciencian. Aquella Marcha de la Libertad, tan emotiva en 1977, reaparece hoy en más sólidas y claras formas; en el último año hemos visto a miles de manifestantes contra la tortura, contra el asesinato, a favor de la dignidad y de la vida. Y cuando los que luchan por esa vida caen prisioneros nunca antes han tenido esa caudalosa solidaridad que ahora se derrama en ríos de gente que rodea sus cárceles como en Herrera de la Mancha, ni nunca han sido mejor recibidos en sus pueblos cuando regresan de ellas. Todo esto demuestra la gran capacidad de este pueblo para transformar las múltiples agresiones con las que tratan de paralizarlo, en energía creadora y de combate: esa energía imprescindible para mantener una resistencia activa que posibilite su avance. Cada vez estamos menos solos aunque cada vez la persecución sea más dura. Llegará un momento en que lo ciego envolvente se verá envuelto por la conciencia de lo humano. Parece metafórico, pero es científico. El proceso de humanización no es nada fácil, pero he creído siempre que merece la pena y aquí estamos en eso... Además, aunque uno quisiera, a estas alturas del compromiso, ya no podría volverse atrás...

***Publicado en EUSKAL HERRIA (1936-1984) Errealitate eta Egitasmo
Realidad y Proyecto***

1985. © Lan Kide Aurrezkoa